



NUM. 2 • MAYO DE 1968 • PARROQUIA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA • MANZANARES

EDITORIAL

Primer Aniversario de la "Populorum Progressio"

26 de marzo de 1967. Fecha clave, trascendental para la Historia de la Iglesia y del Mundo moderno. Pablo VI nos entregaba, como regalo de Pascua, el texto de la P. P., afrontando con valentía «las cuestiones que angustian, cansan y dividen a los hombres en busca de pan, de paz, de libertad, de justicia, de fraternidad».

El eco de la Encíclica tuvo resonancia universal. Aunque no todos recogieron la onda de su pensamiento. Hubo sectores —capitalismo liberal, sobre todo— que tacharon a la Encíclica de utópica, parcial y simplista. En cambio, los sectores más amplios del mundo —pueblos subdesarrollados, organismos internacionales como la FAO, cristianos separados, no católicos como el Consejo Ecuménico de Iglesias de Ginebra, ambientes democrático-cristianos y social democráticos, etc.— se adhirieron con una enorme esperanza al mensaje papal: Paz basada en el desarrollo de todos los pueblos.

Según el profesor Joaquín Ruiz Giménez, los aspectos innovadores de la P. P. radican, en primer lugar, en el método. La Encíclica huye de toda abstracción y de todo método apriorístico. Siempre arranca de los hechos concretos, que se desprenden de las estadísticas sobre el hambre, la miseria, la ignorancia, las desigualdades en el comercio internacional, las opresiones, las servidumbres. En segundo lugar, el estilo

extraordinariamente directo, absolutamente transparente, concreto. Ante el posible argumento de que el programa es utópico, el Santo Padre responde que lo que la Encíclica pretende no se logrará jamás si no se realizan las modificaciones estructurales que están, algunas explícitas y otras implícitamente, señaladas en el texto de la Encíclica. Por último, la extraordinaria compenetración entre teoría y praxis. Busca fundamentalmente la acción, y por ello proclama: Ha llegado la hora de la acción.

Y la respuesta de la Iglesia tiene un clamor de bienaventuranza. «La Iglesia de los pobres» irrumpe con lozanía en los ambientes más fieles al espíritu del Concilio. Así, en Nueva York, el obispo Fulton Sheen decide que en su diócesis toda parroquia o institución religiosa deberá dar a los pobres el tres por ciento de lo que destine a construcciones. En Lima, el cardinal franciscano Juan Landázuri manda suspender la construcción de un santuario para dar preferencia con los recursos disponibles a la realización de obras sociales. En Roma, el Papa Pablo VI se despoja para siempre de su tiara.

Mientras tanto, ¿qué pasa en España?

¡Ah, España es diferente! Aquí todavía hay eclesiásticos que piden títulos nobiliarios. Un gobierno que no renuncia a la

(Continúa en la pág. segunda.)